

Exilio

Jakob Ejersbo

Traducción de Lisa Pram

Rocaeditorial

Título original: *Eksil*

© Jakob Ejersbo & Gyldendal, Copenhagen 2009

Published by agreement with the Gyldendal Group Agency.

Primera edición: noviembre de 2012

© de la traducción: Lisa Pram

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera, 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaeditorial.com

www.rocaeditorial.com

Impreso por Egedsa

Roís de Corella 12-16, nave 1

Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-9918-523-1

Depósito legal: B-27.333-2012

Código IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Gracias a mi primer lector, Christian Kirk
Muff, por echarle gasolina al fuego
y patearme el culo innumerables veces.
También gracias a Ole Christian Madsen
por todos los ajustes. Y a Morten Alsinger,
por las mil pausas para tomar café.

Plata azul

La superficie de agua que se extiende a metro y medio sobre mí cuando me sumerjo veloz hacia el suelo marino con aletas en los pies es color azul plata en movimiento. Nadando de espaldas y a través de las gafas de buceo, veo la cola blanca de las pequeñas olas. Al acercarme, los peces huyen rápidos hacia el coral del fondo. Se acabó: las vacaciones de verano han terminado. Hoy acompañaremos a mi hermana mayor Alison al aeropuerto de Kilimanjaro, se marcha a Inglaterra. En unos pocos días volveré al internado sin ella. Me doy impulso para salir a la superficie e inhalo oxígeno. El mundo es ruidoso. Me quito las gafas y parpadeo debajo del agua. Agua salada, así no verán que he llorado.

11

Subo por la pendiente. En el hotel Baobab reina el silencio. Está compuesto por un edificio principal que alberga la recepción y el restaurante y luego están los *bungalows*, repartidos entre los árboles baobab. No hay muchos clientes. Alison está en casa, haciendo las maletas. Viviré con la hermana de mi padre y estudiará turismo en una escuela de Birmingham durante medio año, para luego hacer prácticas en un hotel. Me apoyo en el marco de la puerta de su habitación.

—¿Vas a dejarme aquí sola con los viejos? —le pregunto.

—Sí —responde Alison.

—Me van a matar.

—Voy a tener que salir a aprender algo.

Papá pasa por el pasillo. Lo sigo con la mirada.

—No he estado en Inglaterra en tres años. Hemos vivido aquí doce, acabaré siendo tanzana... —le digo en voz alta.

Él continúa caminando por el pasillo.

JAKOB EJERSBO

—Ya irás a Inglaterra —concluye sin volverse.

—Pues estaría de puta madre ir ahora.

Papá se para y me mira.

—Tranquilízate. Ya te he dicho que no digas palabrotas en casa. Irás a visitar a Alison el próximo año.

Irse de casa

Mamá sirve langosta para cenar y Alison nos prepara unos crepes Suzette que luego flambea con Cointreau ante nosotras.

—Ya vuela del nido la primera cría, señora Richards —dice papá a mamá.

—Sí, es triste —comenta mamá y sonrío. Está un poco bebida.

Alison pone su brazo sobre mis hombros. Me abraza.

—Espero que se porten bien mientras estoy fuera —dice.

—¿Quién? —pregunta papá.

—Vosotros —contesta ella.

12 —Por suerte, estaré en la escuela casi todo el tiempo —digo yo.

—Tan malos no somos —se defiende papá. Le quito el cigarrillo de la mano y doy una calada.

—Samantha —me recrimina mamá, arisca.

—Bah, déjala —dice papá.

—Solo tiene quince años.

—Yo hacía cosas peores a su edad.

—Sí, pero la idea no es que ella sea como tú —le replica Alison.

—Samantha es dura de pelar, igual que su padre —dice papá mirando a mamá—. Nuestras dos niñas se marcharán de casa pronto. Hemos cumplido con nuestro deber, así que podemos ir cada cual por nuestro camino.

—¡Papá! —dice Alison.

—*Tsk* —digo yo.

Mamá empieza a lloriquear.

África

Me despierto temprano con sangre en las sábanas, dolor de cabeza y las articulaciones doloridas. Oigo a la sirvienta en la co-

cina. Nos iremos a media mañana. Quito las sábanas y las tiro al cubo de la ropa sucia. Entro en el salón. Alison está plantada en el centro, con cara de dormida y enfundada en una enorme camiseta.

—¿Dónde está papá? —pregunta.

—No lo sé —respondo yo.

Miro fuera y su Land Rover no está. La única pista es que no está ni su cepillo de dientes, ni el dentífrico, ni su arma. Sin decir nada, sin siquiera escribir una nota. Sencillamente se ha marchado. ¿Por cuánto tiempo? Quién sabe.

Mamá está tomando café en el porche.

—No soporta tener que despedirse de Alison —dice.

Bajo la pendiente corriendo, entro en la caseta y salgo en barco a pescar. Llevo el tubo, las gafas y el arpón. Estoy buceando a tres metros de profundidad cuando empieza a llover con fuerza, aunque la época corta de lluvias terminó hace ya meses. Da miedo. La lluvia azota la superficie del agua. Vuelvo a tierra con rapidez. Gris y gris.

Mamá sigue sentada en el porche. La lluvia ha parado.

—¿No vas a hacer nada? —le pregunto.

—¿Por qué?

—Porque...

—Estáis a punto de ir de casa las dos y Douglas está fuera todo el tiempo. Yo me he pasado cada día de los últimos mil años persiguiendo a los empleados, explicándoles siempre lo mismo. Y solo hacen lo que les pido si me quedo allí mirándoles. Estoy cansada. Estoy cansada de la humedad, de los mosquitos, del hotel, de...

—De Douglas, de nosotras... —añado.

Mamá parece asustada.

—De vosotras no —dice.

Alison aparece por la puerta que da al salón.

—Estás cansada de ti misma —interviene.

—Sí —dice mamá—. Y de África. África me está matando. Si me marchara a Inglaterra, ¿vendrías conmigo? —me pregunta.

—¿Quieres ir de vacaciones?

—No, querría quedarme allí.

—¿En Inglaterra?

—Sí.

—No —respondo yo.

Inglaterra. ¿Qué iba yo a hacer allí?
Nos iremos en un rato.

La fiebre del dengue

Casi todo el tramo de la carretera hacia el oeste hasta Road Junction es terrible y tardamos seis horas en recorrer los 350 kilómetros que hay de trayecto hasta Moshi, que está en el interior. La escuela está ubicada al pie del Kilimanjaro. Por suerte, faltan un par de días para que terminen las vacaciones, así que continuamos conduciendo una hora más en dirección al oeste hasta llegar casi a Arusha. Es maravilloso adentrarse en el interior del país y librarnos del calor húmedo de Tanga.

Unos kilómetros antes de alcanzar Arusha abandonamos la carretera asfaltada y giramos por un camino de tierra en la pendiente del monte Meru hacia el hotel Mountain Lodge. Vamos a visitar a Mick, que va dos cursos por encima de mí. Hace cuatro meses enfermó y estuvo ingresado en el hospital durante un periodo de tiempo corto, justo antes de hacer el examen de décimo curso. Tengo ganas de verlo.

14

Mountain Lodge era una plantación de café alemana construida en 1911, y ahora es un hotel de lujo. Lo dirige la madre de Mick, que también tiene montada una empresa de safaris con el hermano de Mick y la mujer de este. El padrastro tiene una agencia de viajes en Arusha.

Mahmoud sale a recibirnos y nos cuenta que el único que está en casa es mi amigo. El resto está de safari con unos japoneses en el Serengueti. Qué pena, me hubiera gustado ver a Sofie, la cuñada de Mick, que es muy divertida.

—Pero entren a tomar un té —dice Mahmoud.

Pasa delante de nosotras en su atuendo árabe con turbante y cimitarra en el cinturón; todo para los turistas. Es un hombre muy digno, y dirige a los empleados locales del hotel con mano dura. Le seguimos hasta el porche del edificio principal, que está pintado de blanco. Un hombre delgado acostado en una tumbona nos mira fijamente.

—¿Mick? —pregunta Alison.

Él sonríe hasta que la piel se le arruga en el cráneo, y se incorpora despacio.

—¿Realmente eres tú? —dice mamá.

—Soy yo, señora Richards —contesta Mick.

Parece un cadáver. Le abrazamos por turnos y con delicadeza.

—No te preocupes —me tranquiliza y me abraza con fuerza—. No me voy a romper.

—¿Cuántos kilos has perdido? —pregunta Alison.

—Dieciséis. Primero tuve dengue: estuve a cuarenta de fiebre durante dos semanas, tuve una erupción cutánea roja por todo el cuerpo, dolor muscular bestial y también una hemorragia interna. En el hospital de Arusha me tuvieron que bajar la fiebre con hielo y suero en vena, porque estaba completamente deshidratado.

Mick enciende un cigarrillo y fuma despacio; incluso sus dedos se ven delgados. Afortunadamente estaba rellenito antes, porque si no estaría dos metros bajo tierra.

—Pero con el goteo me infecté de tifus. Sudaba y vomitaba. Estuve a punto de morirme de tanto cagar. El hospital casi me mata. Entonces mi madre me trajo a casa y contrató una enfermera para cuidarme.

—Es peligroso estar enfermo aquí —dice mamá sacudiendo la cabeza. Es verdad. A los expertos europeos los mandan en avión a casa si enferman. Ninguno de nuestros padres puede permitirse el lujo de pagar un seguro médico, pero sabemos sobornar a los doctores.

—Y ahora, ¿qué? —pregunta Alison.

—Haré el examen y luego me iré a Europa —contesta Mick—. No sé exactamente adónde.

Mick tiene pasaporte alemán por su madre, que creo que es austriaca pero estuvo casada con un germano. Mick no habla alemán y su padrastro es francés. Su padre biológico era inglés, pero murió de peste negra hace muchos años.

—Me tienes que venir a visitar, si viajas a Europa —dice Alison.

—Eso haré —asegura Mick.

Mahmoud trae té y pastelitos.

—Lo siento, pero no puedo ofreceros alojamiento —se excusa Mick—. Llegan un montón de japoneses esta noche.

—No, no tenéis que hacerlo —dice mamá—. Hemos acordado quedarnos en el Arusha Game Sanctuary.

Todos los blancos que vivimos permanentemente aquí somos viejos amigos y cuando viajamos por el país tenemos siem-

pre la opción de alojarnos en casa de alguien. El Arusha Game Sanctuary pertenece a la familia de Angela. Son italianos. Angela va dos cursos por encima de mí y la conozco desde que era pequeña. Iba al colegio griego con Mick hasta que los internaron en la escuela de Moshi. Pero yo prefiero quedarme aquí en el hotel.

—¿Y tú, Samantha? —pregunta Mick.

—Pues parece que tengo que quedarme en el Arusha Game Sanctuary hasta que empiece la escuela. No vale la pena viajar con mamá de vuelta a Tanga.

—Ven a visitarnos —dice Mick—. A ti siempre podemos buscarte un hueco.

La despedida

Después de tomar el té conducimos hasta el Arusha Game Sanctuary, que gestiona la madre de Angela. Es igual que el hotel Baobab, con restaurante y *bungalows* para los clientes. Pero ellos además tienen un pequeño zoológico con diferentes tipos de animales, desde pájaros hasta leones.

16

Angela se ha ido a casa de unos amigos en Arusha, pero su madre está en el hotel y nos da un par de habitaciones. Dice que me puedo quedar hasta que empiece la escuela. Paseo con Alison por el camino que lleva al hotel Tanzanite, que está justo al lado. Nos metemos en el agua pero es asqueroso porque le ponen demasiado cloro.

Nos sentamos en unas tumbonas y bebemos cola y fumamos cigarrillos. Casi no hablamos.

—No estés triste —dice Alison.

—Tú también estás triste —replico yo.

Ella asiente.

A la mañana siguiente llevamos a Alison al aeropuerto, que está entre Arusha y Moshi. Me doy cuenta de que mamá bebió demasiado ayer.

—Hablaré con papá para ver si Samantha y yo podemos ir a visitarte por Navidad.

—Sí —dice Alison. Luego se queda callada.

No creo que haya dinero para comprar más billetes de avión.

Unas golondrinas revolotean dentro del mismo aeropuerto. Nos despedimos de Alison en el *check-in*. Mamá llora, mi hermana aprieta los dientes, yo carraspeo y trago saliva.

—No hagas tonterías mientras esté fuera —me susurra a la oreja. Me suelta y empieza a andar, pero luego se gira—. Subiréis a despedirme, ¿no? —pregunta con un hilillo de voz.

Trago saliva de nuevo y mamá asiente y Alison desaparece tras la puerta. Subimos a la azotea por las escaleras. Todo el tejado es un gran mirador.

—La voy a echar mucho de menos —dice mamá.

—Sí —contesto, y enciendo un cigarrillo.

—No deberías fumar, Samantha.

—Ahora mismo lo necesito.

—Bueno —concede mamá y esperamos en silencio mientras observamos a los pasajeros que se dirigen al avión hasta que Alison sale de la parte inferior del edificio en el que estamos.

—¡Adiós, Alison, cuídate mucho! —grita mamá.

—¡No tomes rehenes, mátalos a todos! —grito yo.

Alison no dice nada, nos manda un beso, saluda y se para al llegar a la puerta del avión. Tras ella se forma una pequeña cola y nos mira una última vez. Y de repente, se ha ido. Nos quedamos en silencio e intentamos verla a través de las diminutas ventanas del avión, pero no hay suerte. Aun así, esperamos y seguimos saludando mientras el avión se desplaza hacia la solitaria pista de despegue, se posiciona y toma velocidad. Nos despedimos de nuevo hasta que finalmente despega. Hemos volado desde aquí muchas veces. Sabemos que se pueden ver las siluetas de las personas que están en el mirador cuando se despega. Y sabemos que ella está allí sentada, divisándonos y pensando en cuándo volverá.

—Mamá, puedes dejarme en la carretera principal —le digo cuando salimos del aeropuerto.

Mamá va al este, a Tanga, y yo voy en dirección contraria, al Arusha Game Sanctuary, para quedarme los dos días que faltan antes de volver a la escuela.

—No, cariño... ya te llevo de vuelta —dice mamá.

—Cogeré un bus y podrás llegar a casa a una hora decente.

—Vale —dice y me da algo de dinero—. Acuérdate de llamarme, Samantha.

La abrazo, salgo del coche y observo cómo se aleja. Como

cassava a la parrilla con salsa de mostaza en un puesto de venta ambulante. Bebo té. Luego cojo un bus en dirección a Arusha y acabo sentada con una niña masái en el regazo y una cría de cabra entre los talones, hasta que me bajo en el Arusha Game Sanctuary.

Cazadores de grandes presas

Angela ya ha vuelto. Está en el patio trasero tomando el sol. No la conozco muy bien, aunque sé que es bastante dura de pelar y que no aguanta chorradas de nadie en la escuela. Cuando iba a la de Arusha no estaba interna y en la de Moshi vive en otro edificio, no en el mío. Angela es delgada, larguirucha, tiene las tetas pequeñas y nariz de halcón. Alison siempre dice que está «mal de la cabeza». Me acerco a ella.

—Hola, Angela.

Se quita las gafas y me mira. Tiene los ojos rojos, como si hubiera llorado.

—Mi madre y yo nos hemos peleado —dice.

—¿Por qué?

—Dice que flirteo con su novio.

—¿Lo haces?

—Un poco. —Se pone las gafas de nuevo—. Es un cazador de grandes presas de Arusha. Italiano.

—Y también es el novio de tu madre —apunto.

—Ahora mismo sí. Pero no durarán mucho.

¿Qué le digo?

—¿Vienes a bañarte? —le pregunto.

No quiere, así que voy sola. Cuando vuelvo, Angela ha desaparecido y su madre no sabe dónde está, aunque por lo visto tampoco le importa. Ceno algo, subo a la cama y lloro. Echo de menos a Alison. Ojalá hubiera regresado con mamá a casa, a Tanga. No quiero volver a la escuela.

La puerta de la perla

Angela ya se ha marchado cuando bajo a desayunar por la mañana, así que le digo a su madre que subo al Mountain Lodge para visitar a Mick y que yo misma cogeré el bus para ir a la escuela en Moshi al día siguiente.

El hotel Mountain Lodge está a solo dos kilómetros por la carretera y luego hay un buen trozo subiendo por la pendiente del monte Meru. Se puede caminar toda la distancia sin problemas. Además es temprano y la zona de Arusha está elevada, así que aún hace fresco. Estoy acercándome. Entre los árboles veo el garaje en el que Mick guarda sus motos Bultaco y su *buggy*, que tiene los neumáticos desinflados. Frente al hotel baja un pequeño arroyo de la montaña y junto al puente han construido unos grandes estanques para criar truchas. Mick está junto a un trabajador que las está pescando con una red atada a una larga caña de bambú. Aún no me ha visto. Está con el torso desnudo, flaco.

—¡Mick! —le llamo.

Levanta la cabeza y sonrío. Viene hacia mí, jadeando. Coloca su brazo sobre mi hombro.

—¿Quieres ayudar a un hombre enfermo a volver a su casa? —pregunta.

—Claro.

—¿Ya se ha marchado Alison?

—Sí. Angela estaba en casa, pero... realmente no la conozco.

—Es una chica salvaje.

—¿Te mola? —le pregunto.

—No, no me mola. Dice demasiadas palabrotas.

Llegamos a la casa. Mahmoud nos sirve comida y té en el porche. Fumamos unos cigarrillos.

—Necesito entrar a descansar un poco —dice Mick—. Aún no estoy del todo bien. Pero puedes venir conmigo. —Me guiña el ojo.

—Ya te gustaría —replico y me quedo sentada.

—Pero te quedas hasta mañana, ¿no?

Asiento. Él entra y yo doy una vuelta por el jardín. Tengo quince años, Mick diecisiete. Aún soy virgen. Entro en la casa. En la planta baja está el salón con chimenea y el comedor para los turistas, repleto de trofeos de caza y pieles. La familia vive en el primer piso. Subo las escaleras. La puerta de Mick está entreabierta. Me acerco.

—Entra —me dice Mick.

Es muy cauteloso, va muy bien. Se me pone la piel de gallina cuando me quita la ropa. Vamos con mucho cuidado hasta

que Mick usa las manos y la lengua en ese sitio especial y es maravilloso. Levanta la cabeza y me mira.

—Esta es la puerta de la perla —dice.

Cigarrillo matutino

Primer día de escuela. A las 7:30 salgo disparada de mi edificio, Kiongozi, y voy al comedor. Los alumnos del internado estamos repartidos por edades y sexos en diferentes bloques. Algunas casas están más alejadas de los edificios principales, pero Kiongozi está justo al lado del parque infantil donde juegan los alumnos más pequeños. Siempre salgo en el último momento, despeinada y con los libros bajo el brazo. Tengo un cuarto de hora para zamparme el desayuno.

—¿Qué tal estás, Samantha? —pregunta Shakila mientras sale del comedor. Es hija de un profesor que dirige un hospital privado en Dar, y va dos cursos por encima de mí. Fue mi supervisora cuando me internaron en Arusha, en cuarto curso. Emparejan a los alumnos nuevos con un alumno mayor que les ayuda a integrarse, les enseña a hacer la cama, recoger la habitación y hacer los deberes. A mí me tocó Shakila y, aunque ya hace cuatro años de eso, todavía me pregunta algunas veces qué tal me va.

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

¿Por qué me lo pregunta? Porque Alison se ha ido. Ahora estoy sola en la escuela. Por primera vez en mi vida no tengo ni a mis padres ni a Alison cerca. El comedor está medio vacío. Los chicos más grandes de Kijito y las chicas de Kilele y Kipepeo tienen su propia cocina para prepararse el desayuno, mientras que los mayores de Kijana y los de Kishari comen en la escuela.

Panos está sentado con Tazim, Truddi y Gretchen, que es mi compañera de habitación. Todos empezamos octavo hoy. Panos está engullendo pan y zumo. Es mulato y su padre cultiva tabaco en Iringa. Por el rabillo del ojo veo a Jarno, el finlandés, mirándome fijamente con sus ojos de color pis, escondido detrás de las pálidas rastas que se está dejando crecer.

—¿Estás bien, Samantha? —me pregunta Tazim.

—Pues claro que está bien —contesta Panos—. Mira cómo zampa.

Conozco a Panos desde que empecé la escuela en Arusha en

1976, hace ya siete años. Yo estaba en cuarto curso y Alison en séptimo. Panos es muy fuerte, grande como un armario y odia los libros. Tenemos que estar fuera del comedor antes de las 7:45: la primera clase es a las ocho.

—¿Un cigarrillo? —pregunta Panos sin mirarme, mientras se levanta escudriñando el lugar.

—Claro —contesto con la boca llena.

—En casa de Owen. —Sale fuera.

Owen es el director de la escuela y su casa está justo detrás del comedor. A Panos se le ha ocurrido fumar en ese lugar porque cree que es imposible que a nadie se le ocurra buscar alumnos incumpliendo reglas allí; además, Owen ya debe de estar en su despacho y su mujer en la sala de profesores. Salgo disparada detrás de Panos, zigzagueando entre los árboles, y levanto la cabeza para ver el Kilimanjaro. Aún se ve la capa de nieve en la cumbre del Kibos. Más tarde, hacia el mediodía, quedará envuelta en nubes, cuando el sol haga que se evapore el agua de la selva tropical que se encuentra un poco más abajo de la montaña. Nunca he subido, aunque es una de las actividades de la escuela. Esas cosas no me interesan mucho, la verdad. Panos sí ha ascendido, aunque vomitó varias veces antes de llegar a Gilman's Point y no fue capaz de bordear el cráter para alcanzar la cima, el Uhuru. Antes de que los primeros blancos coronaran la cumbre, los negros pensaban que su blanca corona era de plata.

21

Panos se oculta en unos arbustos densos que hay detrás de la casa de Owen.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Quiero largarme de aquí.

—No me digas.

Encendemos, fumamos tan rápido que nos mareamos y compartimos un trozo de chicle Big G para disimular el olor. Luego bajamos corriendo a las aulas. Son las 7:55. Hay una especie de invasión de niños pequeños: son los alumnos de día. La escuela se llama ISM: International School Moshi, Escuela Internacional Moshi. Cubre los doce cursos escolares, y tras pasar por ella estás preparado para ir a la universidad.

Los alumnos de día no saben nada de la vida. Cada tarde vuelven a sus casas para que sus mamás y papás les limpien el culo y les sequen los mocos. La mayoría de los alumnos internos son blancos, hijos de diplomáticos o expertos que trabajan

en cooperación, o hijos de familias con granjas o negocios dedicados al turismo en Tanzania. Y después hay los alumnos internos negros, los vástagos de empresarios o políticos corruptos. Entre los alumnos de día hay muchos hindúes. Originalmente la escuela era cristiana, fundada en la época en que unos cristianos blancos construyeron el hospital KCMC, el Kilimanjaro Christian Medical Centre (Centro Médico Cristiano Kilimanjaro). Según dicen, es el mejor hospital del país. Aún hay un montón de profesores religiosos, pero también alumnos hindúes, sijs y musulmanes. Por lo menos no tenemos que ir con uniforme, como en la escuela de Arusha.

Empieza la primera clase. Otro día malgastado de mi vida.

Mick, el Pancontinental

22

En el patio todos andan correteando de un lado a otro, saludándose porque hoy es el primer día. Yo busco a Christian, el amigo de Panos, pero no está. Christian vive en la plantación de azúcar TPC, al sur de Moshi. Su hermana pequeña murió en un accidente de tráfico hace casi un año, quizás hayan vuelto a su país. Después de eso fue novio de Shakila, pero no funcionó, y le echaron de la escuela durante una semana por fumar cigarrillos sin parar y en todos lados.

Savio se me acerca durante la pausa larga y pregunta por Mick. Me sube un calor dentro del cuerpo con solo escuchar su nombre. Es un chico corpulento, su familia es originaria de Goa y son católicos. Viven en Arusha.

—Volverá pronto para hacer el examen que no pudo hacer porque estaba enfermo —le explico.

—Mick, ¿eres tú? —pregunta Savio mirando por encima de mi hombro.

Me giro. Mick viene por el pasillo.

—¡Savio, tío! —dice—. Samantha.

—Joder, qué delgado estás —observa Savio y chocan las manos.

Savio se pone hombro con hombro con Mick y se levanta la camiseta; este hace lo mismo. Savio tiene barriga, Mick está demacrado. Nos reímos. Shakila viene corriendo y abraza a Mick. Fueron novios el curso pasado, antes de que él enfermara.

—Has vuelto —dice Shakila sonriendo. Tazim está algo ale-

jada, con cara triste. Una vez se besó con Mick pero no llegó a pasar nada más.

—No he vuelto —contesta Mick.

Yo trago saliva.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Savio.

—No quieren hacerme el examen hasta noviembre. De hecho, prefieren que repita curso.

—Cabrones.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto yo.

—Me las piro —dice Mick.

—¿Adónde? —pregunta Savio.

—A Alemania.

—¿Y qué vas a hacer allí? —le pregunto.

—Un tío alemán que conozco se inscribirá en una escuela técnica en Colonia, pero cuando empiecen las clases iré yo en su lugar y aprenderé lo que necesite.

—Qué guay —dice Savio.

—¿De qué vas a vivir? —le pregunto.

—He heredado algo de dinero de mi abuela de Austria y con eso podré comprar coches de segunda mano, arreglarlos y volverlos a vender con algo de beneficio —explica.

23

Mick empezó a desmontar motos incluso antes de saber conducirlos. Y lo hace a la africana, con piezas impensables.

—Pero ¿tú hablas alemán? —pregunto yo.

—Suficiente como para tener el pasaporte alemán —contesta Mick y se ríe—. Además sé pedir dos cervezas.

Aziz, un hindú escurridizo de la clase de Mick y Savio, se acerca.

—¿Llevas algo de *bhanghi* de Arusha? —le susurra a Mick. Aziz fuma demasiada hierba.

—No.

—Venga, amigo Mick. Sé que llevas algo encima. —Siempre está intentando negociar con algo.

—Desaparece —dice Mick.

Me gustaría que me besara ahora mismo.

Saco de mierda

Clases y más clases. Arrastro mi bolso por el suelo agarrándolo de la correa. Un suelo de cemento cubre toda la zona que va desde

las aulas hasta el final del voladizo del edificio, evitando que arrastremos barro al interior durante la temporada de lluvias.

—Samantha —dice el señor Harrison a mis espaldas. Me paro. No muevo ni un pelo y no me giro. Tampoco contesto—. Camina bien con el bolso.

Me vuelvo lentamente.

—¿Cómo se camina bien con un bolso? —le pregunto.

—Levántalo —contesta el señor Harrison.

—Eso es algo que debo decidir yo porque el bolso es mío.

—Pero los libros que llevas dentro son de la escuela —argumenta.

—¿Está seguro?

—¿Quieres que te mande al despacho del director?

Yo me encojo de hombros. ¿Qué puedo hacer? ¿Quedar mal delante de todos? Me quedo quieta y espero. Un montón de gente nos observa a distancia. Y de repente Harrison se pone a sonreír. Se me acerca, me quita la correa de la mano y la levanta por encima de mi cabeza, me coge el brazo y lo mueve hasta posicionarlo por encima del bolso. Ahora tengo la correa entre las tetas.

24

—Así. —Me da una palmadita en el hombro antes de subir rápidamente a la sala de profesores, sin mirar hacia atrás.

Me quedo quieta durante un momento. Cojo la correa, la levanto por encima de la cabeza y pongo el bolso en el suelo.

—Samantha... —me dice Gretchen sacudiendo la cabeza.

—¿Tú abrazarías un saco de mierda? —le pregunto. Empiezo a caminar de nuevo, arrastrando la cartera por el suelo.

Noto una fuerte sacudida en el bolso. Svein le ha pegado una patada, sale volando y se estampa contra el muro. Aún tengo la correa en la mano.

—¡Idiota! —Le arreo con ella.

Svein salta a un lado y no acierto el tiro, pero tomo impulso de nuevo y esta vez sí le doy un golpe directamente en la nuca.

—¡Samantha! —suena la voz del señor Thompson, el subdirector de la escuela. Todo el mundo se queda quieto. Vuelvo la cabeza y lo miro a la cara—. Al despacho —dice con un movimiento de cabeza—. Tú también, Svein.

Svein protesta. Yo me encojo de hombros y empiezo a caminar hacia el despacho. Arrastro el bolso por el suelo.

Cruz de plata

Stefano me deja alucinada en la carrera de los entrenamientos del equipo de fútbol. Un grupo de chicas y yo esperamos a que vuelvan los chicos de correr los diez kilómetros. Estoy con mis compañeras de habitación: Tazim es originaria de Goa, simpática y dulce; Truddi es noruega y siempre va con su amiga Diana, la hija de un miembro del Parlamento muy corrupto al que llaman el señor Diez por Ciento.

Stefano es italiano y llega el primero a toda pastilla entrando por el lateral más ancho del campo de fútbol, que está rodeado por la pista de atletismo de cuatrocientos metros. Ahora solo tiene que llegar a la portería. Nosotras le animamos. Baltazar aparece a muy poca distancia, por detrás; es alto y negro como el carbón, hijo del capo de la Cámara de Comercio. Stefano es bajito y robusto, y no lleva camiseta... Sí que la lleva, pero se ha puesto la parte delantera por encima de la cabeza para que le llegue a cubrir la nuca y así se protege del sol. Me fijo en cómo se le mueven los músculos del pecho y el vientre. No tiene ni un solo gramo de grasa. Su torso brilla de sudor. Mira por encima de su hombro y deja que Baltazar se le acerque, pero siempre mantiene un par de metros de distancia. Llega el primero a la meta y levanta los brazos para celebrar su victoria. Tiene vello oscuro en las axilas, y lleva una cruz de plata colgada de una cadena pegada a su pecho con cinta adhesiva, para que no se mueva mientras corre.

25

—Oh, está tan bueno —dice Truddi, que está a mi lado.

Stefano camina hacia las espectadoras: nosotras.

—Hola, Samantha —me dice.

—Hola —saludo yo.

Se me acerca del todo y me levanta la mano.

—¿Puedes arrancarme el celo del pecho?

—Bueno. —Estiro con cuidado de una esquina. Noto su piel caliente y doy un tirón.

—Gracias.

—¿Por qué no te la quitas para correr?

—Me la regaló mi madre cuando nació.

Y a mí me parece increíblemente guapo. Por la noche nos morreamos detrás de los establos.

Sistah, sistah

—¿Ya te has curado? —pregunto a Christian cuando me lo encuentro el viernes. Parece un poco enfermo.

—¿Curado? —dice él—. Si no he estado enfermo.

—¿Y qué ha pasado toda la semana?

—Un montón de cosas... Es un caos. Nos hemos mudado a Moshi y me han comprado una moto.

—Ah, entonces me puedes llevar a dar una vuelta —le digo—. Y puedo pasar a visitarte los fines de semana si me invitas a comer algo decente.

—Pues claro. —Me cuenta dónde vive ahora. Justo en la carretera que va de la escuela a la ciudad.

El sábado doy una vuelta con Tazim por el centro. Ella quiere ir a la librería Moshi para comprar folios. Después pasamos por Kibo Arcade hasta Zugar's para comprar *samosas* y *mandazi*, una especie de donut: masa que se fríe en aceite y luego se reboza en azúcar. Y té tanzano hervido con leche y azúcar. Las chicas blancas no vienen por aquí. «Se nos pone chungo el estómago porque todo está muy sucio», dirían.

26

Se nos va el tiempo y se nos escapa el *pick-up*. No tenemos dinero para coger un taxi y decidimos ir caminando.

—Podríamos visitar a Christian de camino, y así quizá nos lleve a casa —propongo.

—Bueno, vale —dice Tazim y suspira.

Subimos a la rotonda de Arusha. Frente a nosotras hay un grupo de chicos bastante mayores, veinteañeros y negros. Son unos cinco. Nos ven desde lejos.

—¿Por qué no vamos por otro camino? —propone Tazim.

—Este es el camino —digo yo.

—Sí, pero...

—No te van a hacer nada.

—¿Tú crees que no?

Su padre es empresario en Mwanza, transporta mercancías por el lago Victoria hasta Uganda. Ella ha nacido aquí, pero los hindúes no tienen mucho trato con los negros.

Nos acercamos a los chicos. Empiezan de inmediato:

—*Sistah, sistah!*

Cuando los pasamos empiezan a caminar detrás de nosotras. Me doy cuenta de que Tazim está bloqueada por el pánico: jadea

con fuerza y sus movimientos son rígidos. No hay nadie más que nosotros en la calle. Uno de los chicos alarga su brazo y me llega a tocar el pelo. Tazim parece alguien a quien acaban de condenar a muerte, a punto de ser violada y mutilada y asesinada y violada otra vez y mutilada aún más para después ser comida cruda. Me giro hacia ellos:

—Yo no soy tu hermana. No me toques —digo en suajili.

Esta situación es jodidamente irritante y desagradable, pero es de día. Solo nos están provocando. Los chicos paran y nosotras seguimos caminando; doblamos por una esquina. Tazim empieza a llorar.

—¿Qué te pasa? —pregunto y la abrazo.

—Tenía mucho miedo.

—Eran unos idiotas.

—Sí, pero yo pensaba que iban a...

—¿No pensarías que realmente iba a ocurrir algo?

—Sí. Podría ocurrir...

Colonialista

27

Llegamos a casa de Christian. La Bultaco 350 cc está aparcada fuera. ¡Mick está aquí! No, se ha ido a Alemania. Mick ha vendido su mejor moto para tener algo de dinero en metálico allí.

Christian está solo en casa. Lleva inmediatamente a Tazim a la escuela, vuelve y deja la moto en el aparcamiento. Yo estoy sentada en una silla cerca de la puerta de la casa.

—¿Te subo a la escuela? —pregunta.

—No tengo prisa —respondo sin moverme de la silla.

—Vale. —Apaga el motor, se baja de la moto y pone el cablete—. ¿Quieres tomar algo?

—Cigarrillos y whisky.

Él se ríe.

—Mi viejo cierra el armario de las bebidas con llave, pero cigarrillos sí que puedo conseguir. ¿Quieres una cola?

—Sí.

Entra en la casa. Yo le sigo. Me coloco tras él cuando abre la nevera para buscar el refresco.

—Quiero ver tu habitación —le digo.

—Vale. —Me entrega la cola, pasa delante de mí y nos metemos por el pasillo.

El cocinero está planchando en el salón. Meto la cabeza y le saludo. Quiere saber si queremos comer algo.

—¿Tú tienes hambre? —pregunta Christian.

—Claro.

Antes he visto que la nevera estaba bien equipada.

—Sí, nos gustaría comer, gracias —dice Christian en un suajili bastante decente.

Entramos en la habitación. Es grande y tiene su propio equipo de música. También tiene un buen montón de discos y muchísimos casetes. Lo enciende. Suena Eddy Grant.

—Cigarrillos. —Señala un enorme tambor de piel de vaca que hace de mesa, frente a la cama—. Toma.

Son Marlboro. Enciendo uno. Son mucho mejores que los cigarrillos tanzanos, que te desgarran la garganta, están mal enrollados y son demasiado secos.

—Mmmmm. —Me estiro en la cama, e inhalo profundamente hasta que mis pechos se elevan.

Noto que me está observando, aunque solo estoy mirando hacia arriba, estudiando los aros de humo que salen de mi boca.

—Son buenos. Marlboro.

Él no dice nada.

—¿Dónde están tus padres? —pregunto. Hace un par de meses circulaba un rumor en la ciudad de que la madre andaba por allí con un hombre que no era el padre de Christian. Mi amigo sigue sin responder. Lo miro. Está junto a la ventana y me mira con ojos inexpresivos mientras da una calada tan larga que el humo le envuelve la cabeza. Finalmente exhala.

—Mi madre juega a ser colonialista en la finca de un agricultor holandés en el oeste del Kilimanjaro, y mi padre bebe.

—¿Tu madre se ha ido de casa? —pregunto.

La había visto un par de veces cuando subía a la escuela. Es una mujer alta y guapa, con los pechos grandes. Tiene clase. Christian da una última calada y se acerca a la mesa.

—Sí. Se ha pirado. —Destroza el cigarrillo en el cenicero—. Ella opina que él... ¿Y que coño sé yo? Supongo que piensa que ese agricultor es más no sé qué que mi padre. Más... humano. O más hombre.

—¿Lo es?

—¿Cómo puedo saberlo? —contesta Christian—. Tengo diecisiete años. Solo soy un crío.

- ¿Tu padre ya ha entrado en la zona negra?
 —¿Zona negra?
 —¿Sale con señoras negras?
 Christian se encoje de hombros.
 —No lo sé.

La máquina

Oigo un Land Rover frenando abruptamente en el aparcamiento. El motor se apaga y luego se oye un portazo. Christian me mira, sonrío sutilmente y se pone a contar:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

La puerta de la entrada se abre y alguien grita en danés.

—Traduce —digo yo.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no dejes la mierda de moto en medio del aparcamiento? Joder, al final acabaré chocando con ella —repite Christian mientras se oyen unos pasos por el pasillo. La puerta se abre, es su padre y está enfadado hasta que me descubre y de repente se queda perplejo.

—Buenos días —dice y da dos pasos para entrar en la habitación. Me da la mano—. Niels —se presenta.

29

Me incorporo de la cama y le saludo. Christian dice algo en danés. Apago mi cigarrillo. Niels es miembro de la junta escolar, que son los que deciden si van a echarme de la escuela durante una semana o catorce días, o para siempre. ¿Tengo autorización para fumar firmada por mis padres? No. Pero eso él probablemente no lo sabe o por lo menos no lo menciona. Solamente se dedica a mirarnos fijamente. Tiene mal aspecto, la mirada destrozada por el alcohol, la resaca y el cansancio.

—*Karibuni chakula* —dice el cocinero desde el pasillo. Ya está servida la comida.

—¿Quieres comer con nosotros? —pregunta el padre.

—Claro que va a comer con nosotros —contesta Christian.

Vamos a la cocina, nos sentamos a la mesa, comemos. La conversación es forzada. Algo acerca de hacer los deberes, el hotel en Tanga y jugar al golf. Pero la comida es buena.

Después salimos con la moto. Yo la conduzco mejor que Christian, pero no se lo digo. Nos acercamos a Lema Road. No tengo ganas de volver a la escuela.

—¿Vamos al club Moshi? —le pregunto gritando.

Christian desacelera y se para en el cruce donde Lema Road empieza, girando por la derecha.

—Yo paso —dice—. En un rato estará allí mi padre poniéndose como una cuba.

—¿Pues damos una vuelta con la moto? —pregunto.

—Vale. —Acelera.

Sigue recto. Pasamos de largo la salida para ir al club Moshi y bajamos al viejo puente de hierro para cruzar el río Karanga. La calzada del puente está hecha de diversas capas de planchas que no están bien sujetadas y en algunos sitios hay aberturas a través de las cuales podemos ver pasar el agua del río a unos diez metros por debajo de nosotros. Christian conduce despacio hasta que alcanza el asfalto del otro lado y entonces acelera. Se me va el cuerpo hacia atrás y rápidamente entrelazo los dedos sobre su barriga para sujetarme. Puedo notar sus abdominales a través de la fina tela de la camiseta.

Su padre. Mi madre. Bebiendo a diario.

30 Conducimos la moto a toda pastilla. Nos envuelven el rugido de la moto y el viento. No tiene sentido intentar mantener una conversación. Vamos a toda velocidad, bordeamos la parte de atrás de la prisión de Karanga y seguimos hacia el oeste. Pasamos al lado de unos prisioneros enfundados en ropa blanca desgastada, que caminan vigilados por dos guardias vestidos con uniformes verdes y equipados con rifles. Los prisioneros cavan grandes agujeros en los arcenes de la carretera, para evitar que la corriente de agua que baja con fuerza en la temporada de lluvias cave túneles bajo el asfalto. Si no, este se acabaría rompiendo bajo el peso de los neumáticos, sobre todo cuando hubiera mucho tráfico. Llevan ropa blanca porque así es más fácil apuntarles y alcanzarles en medio del verde. Si seguimos mucho rato por este camino llegaremos a la carretera que va al norte, hacia el oeste del Kilimanjaro, donde vive la madre de Christian.

Reyes blancos

La carretera atraviesa un pueblo un par de kilómetros más tarde. Christian detiene la moto cerca de un quiosco.

—¿Tienes dinero? —le pregunto, porque yo no llevo nada encima.

—Sí.

—Siempre llevas dinero.

—Se lo robo al viejo.

—¿No tienes miedo de que te descubra?

—Tiene demasiada resaca como para darse cuenta. Le robo unos dólares de vez en cuando y a veces también le robo libras. Me los cambia Phantom, ese que tiene un quiosco en la entrada del mercado.

—¿El rasta?

—Exacto.

Bebemos refrescos y fumamos cigarrillos.

—En realidad no están aquí —dice Christian.

—¿Quién?

—Mis padres. Los... blancos. Esto no tiene nada que ver con África. Se mueven entre la casa, el trabajo, el club y las casas de los demás blancos. Lo más fuerte que les puede pasar es que saquen a pasear al cocinero o al jardinero al mercado, para que les cargue las compras hasta el coche.

—¿Y qué hay de malo en eso? —pregunto yo.

Suena mucho como nuestra vida en Tanga.

—Viven en África, pero su vida no tiene nada que ver con la de los africanos —dice.

—¿Crees que se están perdiendo algo?

—Sí, bueno...

—Bueno... ¿qué?

—Que para eso podrían haberse quedado en sus casas.

—No, porque aquí viven como reyes.

—Bueno, pero entonces no tiene nada que ver con ayudar a África.

Sin comentarios. Yo no estoy aquí para ayudar a África.

—¿Has visto a tu madre? —le pregunto.

—Le pedí a Marcus, un amigo, que me llevara hasta allí.

—¿Y?

—Ahora es la mujer de un granjero. Megacolonialista. Se lo toma en serio. —Enciende otro cigarrillo para no tener que mirarme a la cara, creo.

Fuma un rato en silencio. ¿Debería hablarle de mis padres? Creo que tiene suficiente con su propia vida. Está sentado en el banco con los codos en los muslos, encorvado. Habla de nuevo, mirando al frente:

—De repente resulta que mis padres son unos idiotas. O sea, son unos... críos. Unos jodidos y estúpidos críos.

—Sí —confirmo—. Yo no quiero ser así cuando sea mayor. Para eso prefiero no llegar a mayor.

—Sí —asiente categóricamente.

—Me arrastran hasta aquí y ahora, después de tantos años, hablan de mandarme a Inglaterra. ¿Tú quieres ir a Dinamarca?

—Pues realmente no lo sé.

—Es difícil saber cómo es aquello, ¿verdad?

—Frío —dice él.

—Sí.

Vuelve la cabeza, me mira de reojo y sonrío.

—¿Nos vamos?

—Vale.

Ahora son sus manos las que se agarran a mi barriga. Le doy gas y subimos por Lema Road. Si vamos lo suficientemente rápido los neumáticos no llegan a hundirse en el fondo de los agujeros: simplemente volamos por encima.

El río

Paso la tarde del sábado fumando cigarrillos con Panos en la orilla del río.

—¿Te trata bien Stefano? —me pregunta.

—¿Bien?

—¿Te presiona? —insiste.

—No.

—Vale.

—¿Por qué preguntas eso?

—Conozco a Stefano de toda la vida. Es un auténtico milagro cuando no se comporta como un cabrón —dice Panos y se marcha.

Cuando vuelvo a Kiongozi se me acerca Stefano, que está jugando al fútbol con unos chavales. Me toca la cadera y me besa.

—Nos vemos esta noche, nena —dice.

—Sí. —Por el rabillo del ojo veo que Truddi nos observa.

—Lo pasaremos bien —dice él.

Yo no digo nada.

—No quiero verte por ahí con Panos y Christian —añade.

—Panos es mi amigo —argumento.

Las tierras de los padres de Panos colindan con las de la familia de Stefano.

—Sí, pero ahora estás conmigo.

—Sí, sí, claro.

Owen se coloca frente a mí durante la cena, pone sus manos en la mesa y se inclina hacia delante, mirándome a la cara. Toda la gente que está sentada cerca de mí se queda en silencio para poder escuchar.

—Samantha, hoy te he visto yendo en moto. Esta es una primera advertencia. La próxima vez te castigaremos sin salir de casa.

Me mira, le miro.

—Vale —digo.

Observo mi plato, atravieso una patata frita con el tenedor, me la meto en la boca y mastico. Owen sigue allí, frente a mí. No me digno ni a mirarle. No voy a bailar al son de su necesidad de mierda de infundir autoridad.

—La próxima vez te castigaremos sin más —continúa.

—Vale.

Y se va.

Una advertencia por ir en moto. Qué absurdo.

Las hormonas

—Venga, Samantha, tócala solo un poquito —dice Stefano. Estamos acostados en medio del campo de fútbol y solo podemos vislumbrar un poco de luz que viene de la escuela.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Si lo haces, te querré para siempre.

—¿Solo si lo hago?

—No, pero solo... Venga, hazlo.

—¿Lo hago... con la mano?

—Sí, cógela.

—No quiero tocártela.

—¿Por qué no? Está limpia.

—Pues tócatela tú mismo, yo prefiero un cigarrillo. —Me siento de espaldas a él.

¿Por qué no puede simplemente abrazarme? ¿Darme un beso? Solo piensa en follarme, en tocarme las tetas y en con-

seguir que yo le toque la polla. No tiene nada que ver con sentimientos, eso sí que lo tengo claro. No es capaz de controlarse.

—Un cigarrillo —dice retorciéndose en el césped del campo de fútbol. Al final consigue sacar uno del bolsillo—. Vale, toma.

—¿Dónde está?

—Joder, te lo estoy dando.

Me desplaza la mano.

—Joder, qué asco.

Me ha puesto su polla tiesa en la mano. El ruido que oí antes era que se había bajado los pantalones. Me levanto. A él le parece muy divertido.

—Jodida Samantha. Venga, tía. Prometiste que lo harías.

—Nunca he dicho eso. —Me pongo de pie con los brazos cruzados. —Yo no he prometido nada, ya te gustaría. Enciéndeme el cigarrillo.

¿Por qué no puede ser un poco cariñoso conmigo? Lo necesito. No tengo a nadie con quien hablar. Papá siempre está en uno de sus viajes de negocios, como los llama él. Mamá está a punto de descomponerse en Tanga y, cuando están juntos, discuten. Alison está en Inglaterra, Mick en Alemania. Mick sí sabía lo que se hacía. Me acariciaba, me decía cosas bonitas, me excitaba. Stefano es tonto.

34

El crujido y silbido de la cerilla rompe la oscuridad de la noche. Veo a Stefano iluminado por el resplandor del azufre en llamas. Se ha puesto los pantalones de nuevo, ha encendido el cigarrillo y sacude la cerilla hasta que se extingue la llama. Vuelve la oscuridad. ¿Se habrá visto el brillo desde lejos? Si viene un profesor seguro que me castigarán. Ya he recibido una advertencia. ¿Y qué? Seguramente la brasa del cigarrillo parece una luciérnaga.

—Toma.

Me alcanza el pitillo con la brasa escondida en el hueco de la mano. Lo cojo. «Stefano —pienso yo—. Es un cabrón y un cabeza hueca, pero está realmente bueno. Es musculoso y fuerte, tiene el pelo negro negrísimo y va un curso por encima de mí.» Hay movimiento en la oscuridad. Pasos. Me siento en el suelo, de golpe. No exhalo el humo. Stefano está quieto, pone su mano en mi muslo. Ahora el tema es no decir nada, ni hacer ningún ruido. Si no, nos oirán. Exhalo el humo con cuidado. La oscuri-

dad es densa. Solo puedo ver las siluetas porque se mueven hacia la claridad de la lejanía. Los pasos se acercan.

—Todo el rato me pide para salir —dice una voz.

Es Truddi, compartimos habitación y vamos al mismo curso, en diferentes clases, pero no nos llevamos bien.

—Pero a ti te gusta, ¿no? —dice otra voz de chica.

Es Diana, de la otra clase.

—Sí, pero no me puede pedir para salir si está enrollado con Samantha —dice Truddi.

Stefano quita su mano de mi muslo.

—Samantha es una puta —dice Diana.

—Espera —dice Truddi—. Aquí huele a humo.

—Idos a la mierda —espeto yo, gruñendo.

—Uy, uy, perdona —se disculpa mofándose Diana y suelta una risilla con Truddi, mientras siguen caminando y se marchan. No creo que hayan reconocido mi voz.

Me levanto y fumo una calada. Cojo impulso con una pierna y le doy una patada a Stefano en algún lugar del cuerpo.

—¡Joder, Samantha, eres una hija de la gran puta! —dice jadeando—. Eres una puta psicópata.

—¡Cerdo! —Le tiro la colilla y empiezo a caminar. Hago un movimiento rápido para escupirle. No puedo contener las lágrimas. Doy un rodeo por Kijana para no llegar a Kiongozi desde el campo de fútbol, porque puede que me vean Truddi y Diana y entonces deducirían que era yo la de antes. En un rato tenemos que entrar.

Truddi y Diana están charlando en la escalera, delante de la puerta.

—Hola, Samantha —dice Truddi dulcemente—. ¿Dónde has estado?

—¿Y a ti qué te importa? —La empujo para poder pasar. Entro en la habitación.

Gretchen es alemana. Además es una chica inteligente, pálida y muy modesta. Está tumbada en su cama con esas grandes gafas puestas, leyendo un libro. Siempre está leyendo.

—Hola. —Me dirijo a coger mi cepillo de dientes.

—¿Estás peleada con Truddi? —me pregunta Gretchen.

—Un poco.

—¿Por qué os lleváis tan mal?

—Es tan... doña perfecta.

—No lo dirás en serio, Samantha.

—Sí. A veces me dan ganas de vomitarle a la cara.

Me paso el domingo encerrada en la habitación, esperando a que Stefano mande a alguien a buscarme para pedirme perdón. Los chicos no pueden entrar en las casas de las chicas. Y nadie entra.

Ebenezer

Cada tarde, de siete a ocho, dedicamos una hora a hacer los deberes en las habitaciones. Le digo a Minna, la gobernanta de mi edificio, que tengo que ir a la biblioteca para documentarme para un trabajo de sociales. Minna lo apunta en su lista y después tengo que registrarme en la biblioteca para demostrar que estoy allí en vez de estar haciendo los deberes en mi habitación. Pero he descubierto que no contrastan la información los unos con los otros, o por lo menos nadie me ha pillado hasta ahora.

Yendo por los pasillos hacia la biblioteca no me cruzo con nadie, así que giro por Breezeway, que es el pasillo principal y conecta las tres aulas principales. Sigo caminando y doblo por la esquina de la última. Me apalanco y enciendo un cigarrillo. Oigo que alguien camina sobre las hojas secas y escondo la brasa en el hueco de mi mano.

—¿Nani? —dice la voz—. ¿Quién es?

Es Ebenezer, uno de los vigilantes.

—Soy yo, Samantha —contesto—. Ven a fumar un cigarrillo.

Se me acerca en la oscuridad y noto que me sube un olor fuerte a sudor viejo y a humo.

—Eres muy gamberra. —Se ríe por lo bajo.

Se le iluminan los dientes en la oscuridad.

—Sí —afirmo yo. Le doy un cigarrillo que él enciende con la brasa del mío.

Pasamos un rato así, hablando de su familia y de sus campos de cultivo. Ebenezer fue soldado durante la invasión de Uganda en 1979. Lleva una porra masái atada al cinturón y un arco colgado de un hombro con su aljaba en la espalda. Va armado porque es vigilante nocturno.

—¿Serías capaz de darle a alguien con esas flechas de noche? —le pregunto.